

que no tenga entonces el sentimiento de la fé, no por eso deja de merecer y hacer un acto de muy grande amor. Lo mismo sucede con la presencia de Dios. Preciso es contentarse con mirar que El es nuestro Dios y que nosotros somos sus débiles criaturas, indignas de este honor, como hacia San Francisco, que pasó toda una noche diciendo á Dios: *¿Quién sois Vos, y quién soy yo?*

Si una estatua en su nicho pudiese hablar, y le preguntaran: Por qué estás aquí? —Porque mi dueño aquí me ha colocado, —respondería. Por qué no te mueves? —Porque él quiere que esté inmovil.—Qué bien te resulta de estar así?—No es por mi por quien yo estoy, es por obedecer á la voluntad de mi dueño.—Mas tú le ves acaso?—Nó; pero él me vé y se complace en que esté como me ha puesto.—Pero no quisieras moverte para acercarte más á él? —No; á menos que él me lo mandase.—No deseas nada?—No, porque estoy donde mi dueño me ha puesto, y agradarle es el único contento de mi corazón.

Un niño, estando en el regazo de su madre, está en su muy bueno y deseable lugar;

aunque ella no le diga una palabra, ni él á ella.

Para dar una buena postura á nuestra alma, es menester mandarle que haga todas sus acciones en la presencia de Nuestro Señor, y como si él le ordenara que las ejecutase.

6.—La lectura espiritual.

La lectura es el aceite de la lámpara de la oración. Ella es, además, como el maná, que tenía el sabor que se deseaba.

Para leer útilmente, es necesario no leer mas que un libro á la vez, y leerlo por orden, es decir, desde el principio hasta el fin.

Es menester no revolotear de un libro á otro libro, como el zángano, que pica todas las flores sin sacar miel de ninguna.—Un día un religioso preguntó al gran Santo Tomás, cómo podría hacer para ser santo,

4

y tuvo esta respuesta: *No leyendo más que un libro.*

Querer leer para contentar la curiosidad, es señal de tener aún el espíritu un poco ligero. La ciencia no es necesaria para amar á Dios, como lo dice San Bernardo, pues una mujer sencilla es tan capaz de amar á Dios, como los hombres más doctos del mundo. Se necesita poca ciencia y mucha práctica, en lo que concierne á la perfección.

Tened los libros espirituales como otras tantas cartas que los santos os han enviado del cielo, para mostraros el camino, y daros el valor de andar por él.

Leed las historias y vidas de los santos, en las cuales como en un espejo, vereis el retrato de la vida cristiana, y acomodad sus acciones en provecho vuestro, según vuestra vocación. Y aunque hay muchas acciones de los santos, que no son absolutamente imitables, para los que viven en el mundo, pueden, sin embargo, todas ellas ser seguidas ó de cerca ó de lejos.

7.—Jesús, María y José.

Ocultémonos en la caverna de la tortolilla y en el costado herido de nuestro Salvador. Su corazón es grande; El quiere que el nuestro tenga allí su lugar. ¡Cuán bueno es ese Señor! ¡Cuán amable es su corazón! Permanezcamos allí, en esa santa habitación. Que ese corazón viva siempre en nuestros corazones; que esa sangre circule siempre en las venas de nuestras almas. ¡Qué nuestro amor sea todo en Dios, y que Dios sea todo en nuestro amor!

Descansemos en las llagas del Señor, acercándonos á ellas dulcemente con el corazón, sin violencia alguna.

¡Qué muera el mundo, si no quiere vivir para Jesús!

Las almas devotas no deben tener ciertamente otro corazón que el de Jesús, ni otros sentimientos que los de ese Corazón divino, ni más voluntad que la suya, ni más afectos ni deseos que los de El.

El amor divino está en el Corazón adorable del Salvador, como en su trono real, mirando al través de la llaga del costado abierto, á todos los corazones de los hijos de los hombres; pues ese divino Corazón, como rey de todos los corazones, tiene siempre fija en ellos la mirada. Y así como el que nos mira al través de una celosía, nos vé sin que lo veamos, así el amor divino de aquel Corazón, ó más bien el Corazón del divino amor, ve con los ojos de su dilección á nuestros corazones, con toda claridad; pero nosotros no lo vemos, sino solo sentimos que nos mira. ¡Oh Jesús! ¡si viéramos vuestro Corazón como El es, moriríamos de amor por Vos!

Cuando muere algún príncipe ó gran señor de muerte inesperada, se acostumbra abrir prontamente su cuerpo, para saber de que enfermedad murió. Habiendo muerto Nuestro Señor con una muerte de amor sobre el árbol de la Cruz, quiso que su costado fuera abierto para hacernos ver que verdaderamente había muerto, y que su muerte no provenía de otra enfermedad, que del gran amor que tenía por nosotros; de manera, que para saber si realmente había muerto, uno de los soldados le hirió con

una lanza y abrió su costado en el lugar del Corazón, y así abierto, se vió claramente que había muerto, pero de la enfermedad de su Corazón, es decir, del amor de su Corazón.

Ven, hermosa mía, ven, amada mía, á ocultarte como una casta paloma, en los agujeros de la piedra y los claros de la pared: con estas palabras nos convida el Señor á dirigirnos á El con toda confianza, para ocultarnos y darnos descanso en su costado divino, es decir, en su Corazón, que está abierto para nosotros para recibirmos en El con un amor y benignidad sin igual, y para servirnos de refugio y morada segura en todas las tribulaciones, con tal de que nos demos todos á El y nos abandonemos enteramente á su santa Providencia.

La paz sea con vosotros; permaneced en paz; yo he resucitado; mirad mis manos y mis piés, y la llaga de mi Corazón, yo mismo soy no temáis. Teneis necesidad de fuerza? pues hé aquí mis manos; necesitais corazón? pues hé aquí el mío. Sois palomas? pues aquí teneis habitación. Estais enfermos? hé aquí la medicina. Estais cautivos? aquí está el rescate!

¡Ah! ¡si oyéramos á ese Corazón divino, cómo canta con una voz de infinita dulzura, el cántico de alabanza á la Divinidad! ¡Qué alegrías! ¡qué esfuerzos harían nuestros corazones para lanzarse hácia el cielo, á fin de escucharlo siempre! ¡Oh, qué suavidad experimentarán nuestros corazones, cuando nuestras voces, unidas y confundidas con la del Salvador, participen de la dulzura infinita de las alabanzas que ese Hijo muy amado tributa á su Padre eterno!

¿Qué será de nosotros, cuando veamos en el cielo al Corazón adorabilísimo de nuestro divino Maestro, por entre la llaga sagrada de su costado, ardiendo todo en el amor que nos tiene? En ese Corazón veremos todos nuestros nombres escritos con letras de amor! ¡Oh, ¿es posible, diremos entonces á nuestro Salvador, qué me hayais amado tanto, hasta grabar mi nombre en vuestro Corazón y en vuestras manos..?

Puede decirse que cuando murió el Señor, nos dió á luz, y que salimos de la llaga de su sagrado Corazón.

Nuestro divino Salvador tiene abierto su

santísimo costado, para que podamos entrar por él hasta su amante Corazón, y referirle amorosamente nuestras penas.

¡Viva Jesús! Este es el lema y divisa de las almas devotas. Que no haya en nuestro corazón cosa alguna que no diga también: ¡Viva Jesús!

De la devoción á nuestro Señor, nació al punto la devoción á la Santísima Virgen, de tal modo, que no es posible amar á Dios, sin amar también á la Santísima Virgen.

El que no ama particularmente y no honra á la Santísima Virgen de un modo especial, no puede decirse que sea buen cristiano.

¡Oh Dios mío! Cuando me acuerdo de aquella palabra del Cantar de los Cantares, que dice: *rodeadme de manzanas*, me siento pronto á ofrecer á María mi corazón; ¿qué otra manzana mejor me puede pedir esa hermosa jardinera?

Si ponemos nuestra alma con todos sus

afectos, en manos de la Santísima Virgen y descansamos tranquilamente en su regazo, más que nuestros serán propiedad de esa Santísima Señora.

Tengo el firme propósito y deseo de no tener otro corazón que el que me dé esa dulce Madre y Señora de los corazones, Madre admirable del Corazón que debe reinar en todos ellos.

¡Oh María! Venero tus ojos preciosísimos, que hicieron volar al esposo, cuya virtud y eficacia es tanta, que no pueden morir eternamente aquellos á quienes quieres mirar con ellos misericordiosamente. (1).

(1). Luis, conde de Sales, y hermano de San Francisco, acostumbraba destinar el día 2 de Junio para honrar los ojos de la Sma. Virgen. Esta devoción la había aprendido de su santo hermano, quien se la recomendó mucho, dándole escrita de su mano, la oración que hemos traducido arriba, titulada: «Oración de hyperdulia á los ojos de la Sma. Virgen, Madre de Ntro. Señor Jesucristo.— Veneror speciocissimos oculos tuos, qui sponsum advolare fecerunt, quorum virtus et efficacia tanta evistit, ut nequeant æternaliter mori, quosquumque videris ex ipsis misericorditer intuerit!» (Anéén Sainte de la Visitation. Tome 6—2 de Juin).

Honrad, reverenciad y respetad con un amor especial, á la sagrada y gloriosa Virgen María. Recurramos á ella, y como niños pequeños, arrojémonos en su regazo con una perfecta confianza: en todos los momentos, en todas las ocurrencias, clamemos á esa dulce Madre, invoquemos su amor maternal, y procuremos imitar sus virtudes; tengamos, en fin, hácia ella un verdadero corazón de hijo.

Nada será rehusado á Señor San José, ni por Nuestra Señora, ni por su glorioso Hijo. El nos obtendrá, si tenemos confianza en su poder, un santo acrecentamiento en toda clase de virtudes, pero especialmente en aquellas que poseía en más alto grado que las otras, como son la santísima pureza de cuerpo y alma, la amabilísima humildad, la fortaleza y la perseverancia.

¡Oh poderoso Señor San José, que tantas veces habeis acariciado á Nuestro Señor y mecídole en la cuna, acariciad también á nuestro corazón, para que crezca en el amor de Jesús!

¡Viva Jesús, viva María, y también el

gran San José, que ha alimentado al Corazón de nuestro amor, y al amor de nuestro corazón!

¡Qué Jesús sea nuestra corona, María nuestra miel, y José nuestra dulzura!

8.—Las virtudes en general.

Entre los servidores de Dios, unos se dedican á servir á los enfermos, otros á socorrer á los pobres, otros á procurar el adelanto de la doctrina cristiana entre los niños, otros á encaminar las almas perdidas y extraviadas, otros á adornar las iglesias y los altares, y otros á establecer la paz y la concordia entre los hombres.—Con esto imitan á los bordadores, que sobre diversos fondos, colocan con hermosa variedad las sedas, el oro y la plata, para formar toda clase de flores: así esas almas piadosas que emprenden algún ejercicio particular de devoción, se sirven de este como de un fondo para sus bordados espirituales, y sobre él practican la variedad de todas las demás

virtudes, manteniendo de esa suerte sus acciones y afectos mejor unidos y arreglados, por la relación que tienen con su ejercicio espiritual.

El rey de las abejas no sale al campo sin ir acompañado de todo su pequeño pueblo; y la caridad no entra jamás en un corazón, sin alojar allí consigo todo el cortejo de las otras virtudes.

Entre los ejercicios de virtud, debemos preferir el que sea más conforme con nuestro deber, y no el que sea más conforme con nuestro gusto.—Aunque todos deben tener todas las virtudes, sin embargo no todos deben practicarlas igualmente.

Entre las virtudes que no son de nuestra obligación particular, es necesario preferir las más excelentes y no las más aparentes las mejores y no las más galanas.

Mientras más contradicciones encontremos en nuestras buenas obras, mayor mérito tendrán ellas; y mientras menos se mezcle nuestro interés particular, más brillará en ellas la pureza del amor divino.

9.—La fé.

El Papa y la Iglesia, todo es uno.

La fé es *muerta* cuando está separada de la caridad; separación que hace que las obras no se ejecuten ya conformes á la fé que se profesa. La caridad es, por decirlo así, el alma de la fé; y así como nuestra alma no puede estar unida á nuestro cuerpo sin obrar, así también la caridad no puede estar unida á la fé, sin buenas obras.

Cuando la caridad está unida á la fé, entonces se dice que la fé es *viva*.

Para comprender mejor la diferencia que hay entre la fé viva y la fé muerta, podemos comparar la fé viva á un árbol verde, y la fé muerta á un árbol seco y sin ningún humor vital. En invierno, un árbol seco parece igual á los demás; llega

la primavera, pero como no hay *sávia*, él no produce ni hojas, ni flores, ni frutos.

Mientras más numerosas sean las obras de la fé, más grande se dirá que es la fé.

La fé *dormida* es cobarde y tibia en aplicarse á la consideración de los misterios de la misma fé; ella vé, ella entiende las verdades, pero no las penetra. Podría compararse á las personas soñolientas, que no ven casi nada teniendo los ojos abiertos, y que nada comprenden, aunque oigan hablar.

La fé *vigilante*, al contrario, penetra y comprende las verdades de la fé; se alimenta con ellas diariamente; está siempre vigilante para descubrir los enemigos que pudieran asaltarla; se confía en la luz que la dirige, sin temor de caer en los precipicios. —La fé vigilante es semejante al criado fiel que no consulta en todo más que la voluntad de su Señor.

Es necesario no inclinarse á una cosa porque se tiene gusto en ella, ni abstenerse porque en ella se encuentra disgusto: eso es vivir según la carne y los sentidos, y no según la fé.—Una persona es muy

dulce y muy agradable; ella me ama y me sirve: quererla únicamente por eso, es amar según la carne y los sentidos; pues los animales que no tienen más guía que la carne y los sentidos, aman á sus bienhechores y á quienes los tratan con afecto y dulzura. Pero una persona es ruda, áspera, incivil; yo la trato, le hablo, le manifiesto mi afecto, le sirvo, no porque tengo en ello placer, sino porque eso es según el beneplácito de Dios: esto es obrar con espíritu de fé.

Estoy triste, y por esa causa no quiero hablar; los papagayos hacen lo mismo. Estoy triste, pero supuesto que la caridad quiere que yo hable, así lo haré; esto es vivir de la fé.

Vivir pues de la fé, es ejecutar las acciones, decir las palabras, tener los pensamientos que el espíritu de fé requiere en nosotros. El alma, apoyada sobre el espíritu de fé, cobra valor en medio de las dificultades, porque sabe que Dios ama, soporta y socorre á los miserables que esperan en Él; se une á Dios, y dice frecuentemente que todo lo que no es Dios, es nada; que lo que no es para la eternidad, no es más que vanidad.

10.—La Esperanza.

El incienso es muy exactamente el símbolo de la esperanza; pues así como aquel no puede despedir su humo hácia arriba, si no está puesto sobre el fuego, así también la esperanza, para subir al cielo, debe ser puesta sobre el fuego de la caridad y bondad de Dios, y apoyarse en los méritos de Jesucristo, porque de otra manera no sería esperanza sino presunción.

Preciso es que vivamos y muramos entre dos almohadas; una, la humilde confesión de que no merecemos más que el infierno; otra, la de una completa confianza de que Dios en su misericordia nos dará el paraíso.

La esperanza se funda en la Providencia de Dios, con un abandono filial, en medio de todos los acontecimientos.

En nuestras empresas y en todos nuestros negocios, recurramos á Dios, ponga-

mos todo en sus manos, y hecho esto, permanezcamos tranquilos y seguros por el éxito. Esperemos contra toda esperanza: el dedo de Dios se hará más manifiesto.

Muestra confianza, sin embargo, no debe impedir que trabajemos por nuestra parte. Atrevidos é intrépidos, porque esperamos, prosigamos la empresa sin desanimarnos; y cuando nuestro Señor ponga un negocio en nuestras manos, preciso es proseguirlo hasta el fin, contra todas las dificultades.

Dichosos los que se confían en Aquel que puede, como Dios, y quiere, como Padre, darnos todo lo que es bueno! Desgraciados, al contrario, aquellos que ponen su confianza en la criatura: ésta promete mucho, dá poco y hace pagar muy caro lo poco que dá!

En fin, abandonémonos enteramente á la Providencia, en la vida y en la muerte. Tengámonos de su mano y ella nos asistirá; y donde no podamos andar, ella nos cargará. No pensemos en lo que nos sucederá madana: Dios tendrá cuidado de nosotros, hoy, mañana y siempre!

11.—La Caridad.

La salvación es mostrada á la fé; preparada á la esperanza; pero dada, solo á la caridad.

Toda virtud es muerta sin ella; por eso es la *vida*.

Sin ella nadie llega al último y soberano fin, que es Dios; por eso es el *camino*.

Sin ella no hay virtud verdadera; por eso es la *verdad*.

Nada echa á perder la caridad, al contrario, ella perfecciona todas las cosas. Ella da precio y valor á todo.

La perfección de la caridad, es la perfección de la vida, porque la vida de nuestra alma, es la caridad.

El amor es fuerte como la muerte é implacable como el infierno.

No podrá negarse que el amor es la dulzura de las dulzuras y el azúcar de todas las amargas; y sin embargo, mirad como es comparado á lo que hay de más violento, que es la muerte y el infierno.

La razón es porque así como nada hay tan fuerte como la dulzura, así tampoco hay nada más dulce ni más amable que su fuerza.—Nada hay más suave que el aceite y la miel; pero cuando esos licores están hirviendo, no hay ardor semejante al suyo. Nada más suave que la abeja; pero cuando está enojada, nada más penetrante que su aguijón.

Los atractivos del amor son tan poderosos para hacer ejecutar una resolución, como las amenazas de la muerte.

Quien tiene el amor, no tiene ya temor, ni deseo, ni esperanza, ni valor, ni alegría sino por Dios, todos los movimientos quedan confundidos en un solo amor celestial.

Es menester ir hácia Dios con buena fé, sin arte, para estar cerca de El: el verdadero amor no tiene métodos.

Todo el secreto para llegar á la caridad, es amar; pues así como se aprende á estudiar estudiando, á hablar hablando, y á trabajar trabajando, así también se aprende á amar á Dios y al prójimo, amándolos. Los que tomen otro método, se engañan.—La experiencia vale más que la ciencia.

La caridad es nuestro peso; mientras más haya en nuestras obras, mayor es el precio de ellas. No sucede con nuestras obras lo que con las piezas de oro, que las más pesadas son las más preciosas; sino lo que con la llama, que la más pura es la más separada de la materia. Sin este amor, todo el conjunto de las virtudes no es más que un montón de piedras.

O morir, ó amar; pues como dice San Juan, *el que no ama permanece en la muerte.*

No es por la grandeza de nuestras obras ó por su número, por lo que agradamos á Dios; sino por el amor con el cual las hacemos. Sufrir un pellizco con dos onzas de amor, vale más que sufrir el martirio, con una onza del mismo amor.

Cuando el fuego está en una casa, mirad

como se arrojan los muebles por las ventanas. Cuando el verdadero amor de Dios posee á un corazón, todo cuanto no es Dios, le parece poca cosa.

¡Oh alma mía! ¡tú eres capaz de Dios, desgraciada de tí si te contentas con menos que Dios!

Verdaderamente me parece que el paraíso estaría entre las penas del infierno, si el amor de Dios pudiera no estar allí; y si el fuego del infierno fuese un fuego de amor, me parece que todos sus tormentos serían deseables.

La medida de amor de Dios, dice San Bernardo, es amarle sin medida, porque siendo infinito su objeto, no puede tener límites el amor.—Si el amor de Jesucristo ha sido llevado hasta el exceso, ¡que vergüenza para nosotros, el amarle con medida!

No ama á Dios bastante, aquel que no desea amarle todavía más de lo que le ama.

¡Te ama, Señor, menos de lo que debe, aquel que ama alguna cosa juntamente contigo, sin amarla por amor tuyo!

Como el alma es la vida del cuerpo, así el amor es la vida del alma.

¡O amar ó morir, ó mejor morir para amar!

¡Qué nos arranquen el corazón, sino debemos emplearlo todo entero en amar á Dios!

¡Oh gran Dios! ¡cuán enamorado de nuestro amor está vuestro Corazón divino! ¿No sería bastante que el hubiera publicado un permiso por el cual nos hubiera dado licencia de amarlo, como Labán permitió á Jacob que amara á su hermosa Raquel y la mereciera por sus servicios? Pero, no, sino que El manifiesta más grande su ternura paternal hácia nosotros, y nos manda que le amemos con todo nuestro poder, á fin de que ni la consideración de su Majestad y nuestra miseria, que produce una distancia y desigualdad infinita de El para con nosotros, ni ningún otro pretexto, nos retrajera de amarle.

La verdadera señal del amor divino, es amar igualmente á Dios en todas las cosas.

Es preciso temer á Dios por amor, y no amarlo por temor.—Amar por temor, es poner hiel en la comida y vinagre en la bebida; pero temer por amor, es poner azúcar en el agenjo.—El temor, dice San Agustín, prepara el camino á la caridad, como la aguja introduce el oro y la seda.

Todo lo que se hace por amor, es amor el trababajo, la fatiga, y hasta la muerte es amor, cuando se la sufre por amor.

La caridad es una humildad que sube; y la humildad es una caridad que baja.

Nada puede contentar en este mundo al que no está contento con Dios.

Aquel para quien Dios es todo, el mundo es nada.

Desead amar siempre más, pues ese es el medio de crecer siempre en el amor. El que ardentemente desea amar, busca con empeño el objeto de su amor; el que con empeño lo busca, lo encuentra; y el que encuentra el amor divino, encuentra la fuente de la vida, en que está la salud del Señor.

12.—La Voluntad de Dios.

Seamos lo que Dios quiere, con tal que seamos de El; y no seamos lo que nosotros queremos, contra su intención. Aunque fuéramos las más excelentes criaturas del cielo, ¿de qué nos serviría eso, si no era conforme á la voluntad de Dios?

Dios me quiere así; Dios quiere esto de mí; ¿para qué quiere yo más?—Mientras yo hago esta acción, no estoy obligado á hacer otra Nuestro centro es la santísima voluntad de Dios; fuera de ahí no hay más que turbación y apresuramiento.

Yo os suplico que no ameís nada con exceso, ni aun las virtudes, que á veces se pierden, pasando los límites.

No es bastante querer lo que Dios quiere; es preciso quererlo de la manera que El lo quiere.

En cualquier salsa que Dios ponga, debe sernos igual.

A medida que tengamos menos voluntad propia, será mas facilmente observada la de Dios.

Poca cosa es agradar á Dios en lo que nos agrada á nosotros. La fidelidad de hijos requiere que queramos agradarle en lo que nos desagrada.

Todo lo que hacemos, saca su verdadero valor de la conformidad que tenemos á la voluntad de Dios; de suerte que comiendo y bebiendo si lo hago porque es la voluntad de Dios que lo haga, seré más agradable á Dios, que si yo sufriese la muerte sin esa intención.

Debemos juzgar bueno que Dios nos hie-
ra, donde le agrade; la elección le pertenece. Señor, Jesús! que se haga vuestra voluntad sobre el padre, la madre, la hija, en todo y por todo; sin reserva, sin pero, sin cómo, sin excepción, sin limitación.

13.—El amor del prójimo.

Amad al prójimo en Dios y por Dios; porque Dios está en él, ó para que esté en él.

Amad al prójimo en Dios, es regocijarse del bien que tiene, en tanto que se sirva útilmente de él para la gloria de Dios;—es prestarle toda la asistencia posible que exige de nosotros en su necesidad;—es tener celo por la salvación de su alma y procurarla como la nuestra propia, á causa de que Dios lo quiere y tiene gusto en ello.

Los servicios y asistencia que tributamos á los que amamos por inclinación, son mucho menores en mérito, por razón de la gran complacencia y satisfacción que tenemos en hacerlo, y porque ordinariamente lo hacemos más bien por dicho movimiento, que por el amor de Dios.

Es menester ligar nuestros afectos, inclinaciones, pasiones y aversiones, con la cadena del santo amor.